

Decimoctavo domingo del Tiempo Ordinario C2019

Las lecturas de este domingo hablan de la sabiduría de la vida. Muestran que es más sabio confiar en Dios que en posesiones materiales. Nos invitan a construir nuestra felicidad sobre los valores que duran en lugar de los ideales precarios.

La primera lectura describe la ilusión de la vida humana. Muestra que es absurdo trabajar con sabiduría, inteligencia y habilidad para dejar un día sus posesiones a una otra persona que no hizo nada para merecerlo. También muestra que no hay ningún beneficio para un hombre que trabajó mucho cuando al final de su vida, todo que encuentra es tristeza y dolor.

Lo que este texto nos enseña es que las posesiones materiales no son una garantía de felicidad humana. También hay la idea de que, a pesar de su éxito, los seres humanos son frágiles y mortales. La última idea esta relacionada con la certeza de que solo Dios es la garantía de la felicidad del ser humano.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla de la desgracia de la codicia humana. En primer lugar, el Evangelio comienza con la historia de un hombre que quería que Jesús le ayudara a resolver un conflicto con su hermano sobre su herencia. Pues, da la advertencia de Jesús sobre el drama de la codicia humana.

Después, el Evangelio habla de la parábola que Jesús dio acerca de un hombre que creció rico, pero murió justo cuando pensaba que era tiempo para que comience a disfrutar de los frutos de su trabajo. El Evangelio termina con la advertencia de Jesús sobre el hecho de amontonar riquezas para sí mismo en lugar de hacerse rico de lo que vale ante Dios.

¿Qué aprendemos de este evangelio? Hoy que quiero hablar de la fragilidad del éxito humano. De hecho, hemos sido educados con la idea de que debemos trabajar duro para tener éxito en nuestra empresa. Y es cierto que cuando le hacemos y damos lo mejor de nosotros en lo que estamos llevando a cabo, nuestros sueños se hacen realidad.

También nos han dicho que si no hacemos nada, nadie lo hará por nosotros. Esto es también verdad porque si no somos responsables de nuestros actos, nadie lo hará en nuestro lugar.

Con toda esta filosofía en mente, cuando miramos nuestras posesiones materiales, todos los bienes acumulados a lo largo de los años y nuestra capacidad de proveer para nuestras necesidades, podemos decir que realmente hemos conseguido. Pero, aun nuestro éxito sea merecido, siempre es frágil y precario. ¿Por qué? El resultado de nuestra vida no depende de nuestro éxito. Si lo fuera, habríamos sido en el control de nuestra vida como le hacemos con nuestras posesiones materiales.

En verdad, nuestra vida no depende de las cosas que poseemos, sino de Dios que puede disponerla como le gusta. Esta certeza incómoda es lo que Jesús quiere traer a nuestra conciencia en la parábola del hombre rico.

Para Jesús, en efecto, la intensión de vivir sólo para el éxito y los bienes materiales no es sólo absurda, pero es también la raíz de tanto dolor y sufrimiento. De hecho, la mayoría de los dolores de cabeza y corazón, las largas noches sin dormir y llenas de ansiedad que las personas tienen, son generalmente sobre las cosas que, cuando mueren, no toman con ellos.

Como la experiencia humana nos ha enseñado, muchas disputas entre los miembros de la familia y muchos juicios interminables que han destruido los lazos familiares y relaciones,

son todo sobre el dinero y la herencia. Y sin embargo, la paz del corazón y la vida eterna no dependen de las posesiones materiales.

Por eso, cuando Jesús reprende al hombre que le pide que le ayude a resolver su disputa sobre la herencia con su hermano, él quiere llamar nuestra atención al hecho de que nunca debemos hacer las posesiones materiales la razón por qué vivimos. En otras palabras, cuando buscamos solamente los valores que perecen, nos daremos cuenta un día que nunca estamos satisfechos, ya que no pueden salvarnos.

¿Al decir así, trata Jesús de desanimarnos sobre el dinero y las posesiones como si fueran cosas malas? No; su punto en la parábola es avisarnos sobre la ceguera que crean la riqueza y el éxito. Quiere que seamos conscientes del peligro de cerrar nuestro corazón a la súplica de nuestro semejante y de Dios a causa de nuestras posesiones.

Por supuesto, el hombre rico de la parábola ha trabajado duro para lograr el éxito que tuvo. Sin embargo, el problema es que el resultado de su vida no dependió de él y de su éxito. Como se muestra en la parábola, lo que había acumulado había sido disfrutado por quien no trabajaba por esto.

Por otra parte, Jesús quiere que lleguemos a comprender que la vida es un don recibido de Dios; así son las cosas que poseemos en este mundo. Si es así, no somos nuestros propios maestros, pero más bien los administradores de muchos regalos de Dios. Lo que Dios espera de nosotros es un buen gobierno de las cosas que nos ha dado. Ignorar a Dios, como si nuestras posesiones es lo que cuenta, es declararnos nuestros propios jefes. Esta es una tontería.

Además, el sentido común nos enseña que, a pesar de la satisfacción que las cosas materiales pueden darnos, es imposible construir el cielo en la tierra. Si nuestra filosofía de vida es, "vivimos una sola vez, por lo tanto, disfrutamos de la vida", un día estaremos en problemas cuando nuestras posesiones no pueden salvarnos. Por eso, hacernos rico en lo que importa a Dios es más importante que confiarnos simplemente en nuestras posesiones materiales. Después de todo, solo Dios es la verdadera riqueza que nadie podría tomar de nosotros.

Como aparece, el punto de la enseñanza de Jesús es que nuestra verdadera satisfacción se realice en el cielo. En la tierra, todo es temporal y transitorio. Por eso, cuando estamos todavía en la tierra, debemos hacer todo lo posible para asegurar nuestro lugar en la eternidad. Por lo tanto, en lugar de centrar toda nuestra energía a adquirir riqueza y acumular para tener seguridad para el futuro, sería bien hacerlo para Dios.

Que Dios nos libre de la ilusión de que el éxito y las posesiones son la única razón por la que vivimos. Que nos ayude a comprender que la vida es más que la riqueza que no podemos llevar con nosotros a la tumba! Que nos haga rico en lo que importa a él y no a nosotros. ! ¡Que Dios los bendiga todos!

Eclesiastés 1: 2; 2: 21-23; Colosenses 3: 1-5, 9-11; Lucas 12: 13-21



Fecha de la Homilía: el 04 de Agosto, 2019

© 2019 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20190804homilia.pdf